



Entrada de la factoría Renault en Boulogne-Billancourt, cerca de París, donde fue muerto René-Pierre Overney.

puede negar fácilmente: «entre la cabeza y la cola del desfile, por una de las avenidas más amplias de París, había cuatro kilómetros» (Feliciano Fidalgo, en «Ya»). En este entierro estaban presentes todas las fuerzas políticas de la izquierda —además, naturalmente, de los «gauchistes»—, con la excepción, evidentemente natural, de los comunistas oficiales, excepción natural porque todo el entierro fue una continua manifestación contra los comunistas —más violenta aún que contra el poder, la Policía y la Renault—, lo que subrayaría el dirigente izquierdista Alain Geismar —surgido a la política precisamente en mayo de 1968, perseguido y condenado por lo menos dos veces desde entonces—, mientras el secretario general del PCF, Georges Marchais, a distancia, acusaba a todos ellos de anticomunismo y de colaboracionismo con el poder.

NO hubo un solo incidente en este entierro, que podía haber sido conflictivo, del que algunos pensarían que iba a ser el inicio de las barricadas del cuatrienio. Y no lo hubo porque en las proximidades no se vio ni siquiera un solo policía. ¿Por qué no se vio? Era evidente que al ministro del Interior, Marcellin, y a los estrategas y tácticos del poder, no les interesaba, en absoluto, romper este acto de la división de la izquierda francesa. Porque es indudable que este suceso va a tener repercusiones en la ya difícil relación de los comunistas con las otras fuerzas políticas. Pensemos en que mientras la CGT acusaba la «colusión» del poder, la dirección de Renault y los maoístas, la CFDT (sindicatos cristianos) publicaba una nota en la que advertía que «rechaza, "a priori", sospechar de la sinceridad de los que luchan contra la explotación del sistema capitalista, y dejarse arrastrar por análisis sumarios que la situarían, de hecho, del lado del poder y del patronato». Quiere decir esto que los análisis del PCF pueden arrastrarle a ese lado... En suma, es una acusación. Todos se acusan ahora, unos a otros, de hacer el juego del poder.

EN torno a este cadáver —este maoísta muerto el mismo día que Mao firmaba algunos acuerdos con Nixon, podría decirse con demagogia fácil, pero descriptiva de una cierta soledad revolucionaria—, numerosos juegos políticos se anudan. Por ejemplo, el partido socialista francés reprocha a los comunistas franceses de no haber sido suficientemente explícitos en la condena de la actitud soviética contra el derecho de Checoslovaquia y no de no aceptar el izquierdismo francés; unos les atacan por derechistas, por oportunistas que se ligan al sistema y buscan la comodidad de la pequeña burguesía, otros porque son excesivamente revolucionarios todavía, porque tienden a destruir más que a construir...

A eso arrastra, tal vez, el exceso de «agilidad táctica». Se puede llegar a perder el aspecto de coherencia, el aspecto de sinceridad. El PCF necesita, y quizá desea, profundizar más en el camino de un socialismo democrático, pero, al mismo tiempo, no puede permitir que nadie le desborde por la izquierda —también dijo Lenin: «A mi izquierda, nadie»—; trata de hacer posible un gobierno —o una coalición electoral— del tipo de Frente Popular, pero no puede cambiar su vocabulario, ni su estilo.

UNA GRIPE PODRÍA SER HISTÓRICA

RIESGO EN ALEMANIA FEDERAL PARA LA APERTURA AL ESTE

PODRÍA ocurrir, puede ocurrir muy fácilmente, que la «Ostpolitik» del Gobierno alemán sea devorada por la oposición. ¿Qué ocurriría entonces? Willy Brandt se quedaría solo con su Premio Nobel, los tratados con la URSS no se pondrían en vigor, la Unión Soviética se volvería atrás de los acuerdos de Berlín, un Gobierno cristiano-demócrata —más duro que el anterior— volvería a Bonn y la tensión de «guerra fría» podría reanudarse en Europa... Quizá en el mismo momento en que Nixon esté en Moscú...

Todo esto es tan posible que puede depender de la gripe de un diputado, de los reparos de conciencia de otro. Uno ya, Herbert Hupka, social-demócrata, ha cambiado de bando: se ha unido a la oposición porque le inquieta que estos tratados rompan para siempre «la unidad de Alemania». Otro, el liberal Knut von Kuehlmann Stumm, pasa las noches en claro pensando si pasarse a la oposición o no, por reparos de conciencia. Si cae, la coalición gubernamental sólo tendrá un diputado de mayoría absoluta en la Cámara Baja (Bundestag), y en estos tiempos hay gripes, resfriados y algunos pretextos para no comprometerse resultan fáciles. Los tratados están pendientes de ratificación de la Cámara Alta (Bundesrat), pero en la Cámara Alta la oposición tiene un voto de mayoría sobre el Gobierno; si se niega a ratificarlos, volverán a la Cámara Baja y entonces...

Si el Parlamento no ratifica los tratados, Brandt tendrá que dimitir. Habrá que convocar nuevas elecciones generales en un plazo de dos meses, un año antes de su fecha oficial. Es decir, quizá hacia mayo —la fecha del viaje de Nixon a la URSS—. ¿Qué puede pasar en esas elecciones? Una encuesta de opinión pública realizada por un periódico —anti-

aperturista, eso sí— indica que el 52 por 100 de la población de Alemania Federal está contra los tratados. Si es así en la realidad, reaparecerá de nuevo la democracia cristiana, representada ahora por elementos duros y agresivos, como corresponde a su ya largo tiempo de oposición.

Pero aún puede ocurrir que el Gobierno retrase el voto en la Cámara Alta hasta después del 23 de abril: en esa fecha habrá elecciones en el Estado de Baden Wurtemberg, que envía representantes a la Cámara Alta, y el Gobierno confía en que puede ganarlas, con lo cual conquistaría la mayoría en dicha Cámara, la cual ratificaría los tratados. Como también puede ocurrir que haya alguna clase de presión por parte de los Estados Unidos, que temen seriamente a estas horas que se les desequilibre Europa y su «política de negociación». ¿Qué clase de presiones? Sobre la democracia cristiana, indudablemente; pero la democracia cristiana no está muy dispuesta a aceptarlas por una razón concreta: si pierde esta ocasión, si los tratados se aprueban y Alemania Federal cambia, en fin, su vieja piel de guerra fría por otra de cordero, se habrá ido quizá su última oportunidad. No tendrá razón de ser y tendrá que irse a engrosar los grupúsculos de la extrema derecha, mientras crecen la social-democracia y el partido liberal, que podrían llegar a ser así el dualismo del futuro: de la coalición de hoy a la oposición mutua y alternada de un mañana todavía lejano.

Quizá este riesgo sea más aparente que real. Quizá, incluso, se exagera para dar mayor sensación de autodecisión, de distintas opciones. Quizá, en fin, el juego esté ya tan avanzado que no haya manera de volverlo atrás y estén todos los controles asegurados. ■ E. H. T.